

## El generoso Carlos Eduardo Zavaleta

Carlos Arrizabalaga  
*Universidad de Piura*

Con ochenta y tres años de edad falleció en Lima, el 26 de abril de 2011, el escritor, profesor y diplomático Carlos Eduardo Zavaleta. En sus últimos años se había sobrepuesto de la pérdida de su querida esposa mas se sentía, sin hijos, “huérfano de mujer”. Eso trató de transmitir al lector en su último relato, casi autobiográfico. Sus alumnos de la Universidad de San Marcos siempre lo visitaban y acudían a ayudarlo para ordenar sus borradores o simplemente para conversar. Nunca le faltaron amigos y él siempre los recibía gustoso en su pequeño departamento frente al mar, en malecón Cisneros 280.

Zavaleta había nacido en Caraz (Áncash) en 1928. Lo repetía siempre que podía y en sus últimos tiempos se admiraba del homenaje que le habían rendido en su tierra natal, donde había ya un desarrollo que le hacía exultar de contento. Muy joven vino a Lima y estudió en el Colegio Guadalupe. En 1944 ingresa en la Universidad de San Marcos, con la idea de estudiar Medicina, opción que pronto abandonó para seguir la carrera de Letras. Se graduó de bachiller en 1952 y fue becado para estudiar en diversas universidades de Estados Unidos especialmente en Columbia, Nueva York en el curso 1953-54. Luego viajó a España e Inglaterra. Hizo traducciones de T. S. Eliot, James Joyce, y Nathaniel Hawthorne. Escribió ensayos sobre Aldous Huxley, Ernest Hemingway así como de Ciro Alegría, José María Arguedas y Mario Vargas Llosa. En 1958 obtuvo el doctorado con una tesis sobre Faulkner que se publicó al año siguiente con el título: *William Faulkner, novelista trágico* (1959). Obtuvo por dos veces el Premio Nacional Ricardo Palma por su obra narrativa y el Premio Nacional Manuel González Prada de Ensayo. Sus trabajos de crítica literaria, reunidos en dos tomos, se han publicado en 1997 y 2002 con el título general de *El gozo de las letras*.

Formó parte de las revistas *Centauro*, *Letras Peruanas* y *Boletín Cultural Peruano*. Al mismo tiempo que desarrolló una fructífera carrera docente en la Universidad de San Marcos, inició una carrera diplomática que lo llevó a Bolivia, México, España e Inglaterra, por lo general encargado de asuntos culturales.

En 1954 apareció su primera colección de relatos, *La batalla*, inicio de una brillante carrera de cuentista y novelista que incluye una larga lista de obras: *El Cristo Villenas* (1955), *Los Ingar* (1955), *Vestido de luto* (1961), *Muchas caras del amor* (1966), *Niebla cerrada* (1970), *Un día en muchas partes del mundo* (1979), *La marea del tiempo* (1982), *Un herido de guerra* (1985), *Unas cuantas ilusiones* (1986), *El cielo sin cielo de Lima* (1986), y *El padre del tigre* (1993). Entre sus novelas cabe mencionar *Los aprendices* (1974), *Retratos turbios* (1979 y 1982) y *Un joven, una sombra* (1993).

También son suyas las novelas *El precio de la aurora* (1997) y *Con boleto de vuelta* (2007). Además ha sido editor de una recopilación de estudios cervantinos y de relatos escritos por profesores, alumnos y egresados de San Marcos. Sus últimos años siguió publicando novelas y reuniendo sus cuentos en ediciones completas. Alfaguara publicó en 2008 la última, escrita a raíz de la muerte de su esposa: *Huérfano de mujer*. La misma editorial volvió a publicar *El Cristo Villenas* y *Los aprendices*.

Su producción es, en resumen, extensísima. Solo sus cuentos suman en total quince libros, que aparecieron reunidos en los tres tomos de sus *Cuentos completos* (1997-2004). También escribió unos pocos *Cuentos brevísimos*, algunos con cierto sentido aforístico. Otros en cambio parecen ráfagas de un recuerdo de mundos perdidos, como "Los intelectuales". Muchos de sus relatos se basan como suele ocurrir en vivencias o experiencias propias o recibidas de parientes amigos o conocidos, pero siempre trataba de introducir alguna sorpresa o solución imaginativa.

Zavaleta fue también diplomático de carrera y le gustaba mostrar las fotografías en las que aparece saludando a reyes y presidentes. De vuelta en Lima se reincorporó a su cátedra en la Universidad de San Marcos, donde preparó una cuidadosa antología de cuentos escritos por sus profesores, egresados y alumnos. Entre sus últimos trabajos destaca una selección de trabajos de José Jiménez Borja, así como un estudio sobre los escritores de su propia generación acompañada de otra significativa antología.

Su desaparición cogió de sorpresa a toda la comunidad académica. Unos días antes de su sentido deceso había pronunciado el discurso de honor, por especial encargo de su Rector, en el homenaje que su casa de estudios ofreció a Vargas Llosa por la recepción del premio Nobel. El discurso fue excelente. Fue una despedida académica digna de su entereza y energía, en el marco solemne del aula magna de la Casona de San Marcos.

No es fácil encontrar, dentro de la carrera tan prolífica de este escritor ancashino, un texto que resulte significativo, pues no son pocos los espacios y motivos que caracterizan su narrativa. Hemos elegido este relato en que parecen juntarse sus dotes narrativas y su experiencia diplomática en un texto sugerente en el que el protagonista es uno de esos antihéroes

que pueblan las páginas de Zavaleta, esos hombres o mujeres normales y corrientes que chocan y contrastan por actitudes y aspiraciones de andar por casa.

El cuento forma parte de una colección titulada *Abismos sin jardines*, que Zavaleta publicó en Lima bajo el sello editor de Petroperú, en 1999, con una introducción del crítico Manuel Baquerizo.<sup>1</sup> Y es que Zavaleta fue, por muchos años, jurado de los premios literarios que de forma bianual otorga esta importante empresa nacional.

Así el señor cónsul trata de sacar el máximo provecho del automóvil que el servicio diplomático le asigna para su uso oficial, sabiendo que su venta final le proporcionará un cheque sustancioso. El Ministerio de Relaciones Exteriores dispone que los embajadores y cónsules disfruten de un automóvil oficial. El dinero que la embajada obtiene por su venta, al final del mandato se reparte de manera que el funcionario recibe una parte del mismo. La excusa perfecta es que no sabe manejar, y por ahí se deja caer que su esposa está muy enferma, aunque parece que hay alguna razón oculta y que aspiraba a algo más; no sabemos –como pasa en la vida–, si por pura necesidad o miserable codicia. En la vida real las cosas pasan por mil y un motivos.

Lo mejor del cuento es la escena final, la fotografía que deja una sensación difícil de describir, una imagen redonda, simpática conclusión para un cuento imborrable. No es el único relato que se ambienta en un espacio diplomático. *El precio de la aurora*<sup>2</sup> es una novela llena de fragmentos de vida del recordado escritor Carlos Eduardo Zavaleta (1928-2011), en que muestra las pequeñas y grandes vicisitudes de unos jóvenes peruanos en Madrid en los primeros meses de 1975, en que la caída del dictador Juan Velasco Alvarado coincidió temporalmente con la muerte del general Franco, y con el inicio aquí y allá de una incierta pero esperanzada transición hacia la democracia.

Uno de los momentos más reveladores ocurre poco después de asistir a un recital de poemas de Pablo Neruda, que había fallecido en 1973. La embajada del Perú organizaba una lectura de *Los heraldos negros* y *Trilce* de César Vallejo, el primero que se realizaba en España desde su muerte en 1938. La policía rodeó el lugar y trató de censurar previamente los textos, todo en vano, porque en Lima no se exigía cosa igual a las embajadas. La tensión política convertía a los escritores latinoamericanos en la bandera de las pretensiones europeas, y se convertían en símbolos de los ideales de los jóvenes españoles. Ocurría algo así con “La vida es sueño” de Calderón que se representaba en Polonia clandestinamente

---

<sup>1</sup> El relato ocupa las páginas 179-187.

<sup>2</sup> Lima, Carlos Basombrío, 1997.

como un alegato a la libertad de esa nación y un texto de honda raigambre cristiana enarbolaba siglos después de haberse escrito la dignidad del individuo frente al poderío soviético y la dictadura comunista.

También se ambientan en el mundo de Relaciones Exteriores dos de las tres novelas cortas que publicó en la editorial de Jaime Campodónico bajo el significativo título de *Campo de espinas* (1995), en una sección que podría servir de título general de sus relatos diplomáticos: “Los retornos”.

El primero de ellos transcurre, como indica su título, en la esquina de Torre Tagle. Todo es ficticio pero hay mucho de autobiográfico tras las escenas y personajes, entre los que parece vislumbrarse la figura magistral de Raúl Porras Barrenechea tras la máscara del profesor que apoya al protagonista que ha caído momentáneamente en desgracia, la que conlleva también la quiebra de su relación sentimental del protagonista. Diego y Roxana remontan el camino desarrollando un centro de estudios referido a las relaciones internacionales y finalmente son promovidos nuevamente en el escalafón, “como debía ser”.

En “El otro amanecer” el protagonista regresa luego de seis años de labor diplomática en Londres y se encuentra con una resolución que lo manda, junto con otros muchos y sin ninguna explicación, a la cesantía.

Los pequeños acontecimientos del regreso a Lima luego de unos años de labor diplomática en el extranjero, las penosas transformaciones de la ciudad en unos años cada vez más difíciles, el paso de cobrar en dólares a cobrar en soles devaluados, el ambiente de insinuaciones, camarillas y pequeñas confabulaciones, la penosa situación de jubilados y cesantes que afrontan con la mayor dignidad un futuro incierto y cuentan los años de servicio y la miseria de una pensión rala. Es una visión amable pero igual de elocuente de la realidad nacional en toda su compleja y casi interminable segunda mitad del siglo XX.

El cónsul Chávez, que procuraba llegar siempre antes que nadie para que nadie lo viera llegar a pie, sin su carro, y que no podía sonreír ante las señoras del Hogar de Niños es uno más de esos personajes inolvidables de la narrativa peruana.

La generación del 50 supuso sin duda un ‘boom’ en el que destacó Mario Vargas Llosa, pero cabe reconocer a Carlos Eduardo Zavaleta su condición de precursor y tal vez el constante y generoso animador de ese fértil periodo literario.